

INTRODUCCIÓN

Una de cada 129 personas fue obligada a dejar su hogar durante el siglo XX, por eso Heinrich Böll lo llamó el “siglo de los refugiados”.

En los últimos dos siglos y medio más de 350 millones de personas dejaron su país de origen para convertirse en inmigrantes. De ellos casi la mitad eran europeos. Sin embargo, la dimensión de estos movimientos migratorios y sus ritmos han cambiado. Si entre 1750 y 1940 en todo el mundo emigraron 127 millones de personas, sólo en el periodo entre 1945 y 1990 abandonaron sus países unos 220 millones de personas, 30 por ciento de ellas era de origen europeo.¹

Por supuesto esas cifras incluyen a los millones de refugiados y desplazados que no se movieron por su propia voluntad y más bien hubieron de hacer frente a conflictos seculares entre pueblos vecinos o naciones con disputas históricas étnicas y religiosas o de poder. Una evidencia de ese cambio y la magnitud de los desplazamientos es que sólo entre 1990 y 1995 Canadá recibió 250 mil inmigrantes por motivos políticos.

Nadie sabe exactamente cuántas personas perdieron sus hogares durante el siglo XX. El movimiento masivo se debió a las persecuciones, opresión y brutales enfrentamientos armados: primera y segunda Guerra, fascismo y comunismo, descolonización y reaparición de los nacionalismos que ahora vuelven con sus profundas diferencias entre pobres y ricos.

Los estudios recientes sobre los inmigrantes que hicieron de México su segundo hogar han arrojado datos valiosos por mucho tiempo desconocidos. La información ha incrementado la riqueza cultural de México que ahora, al comienzo del siglo XXI, encuentra gran interés en su diversidad. México es un país mixto producto de varios mestizajes en los que se unen los de las poblaciones nativas con los de otros pueblos procedentes de diferentes lugares del mundo.

Con la idea de hacer la “América” llegaron a nuestro país un tan amplio como abigarrado espectro de gente procedente de varias naciones y países que fueron combinando sus pautas culturales, pero marcaron la cultura de los mexicanos. Muchos hablaban lenguas diferentes al español y profesaban religiones distintas de la católica. En México coincidieron identidades múltiples de quienes nacieron en otra tierra, hablaban un idioma heredado por sus padres, pero debían adaptarse al país con gran esfuerzo. Decidieron vivir en el exilio para alcanzar mejores condiciones de vida. Su existencia se prolongó en un país diferente al de su nacimiento y lo hicieron suyo por medio del matrimonio o engendraron hijos que seguirían sus tradiciones y valores culturales hasta cierto punto; también enterraron a sus muertos, y sembraron una cimiento que los ancló al país elegido.

Su identidad original que, inicialmente define al inmigrante como *el otro*, entró en armonía con las identidades de pueblos diferentes procedentes de distintas culturas y tomó para sí algunos

¹ Stephen Castles y Mark Miller, *The age of migration*, Nueva York, Mac Millan Press, 2002.

elementos que le conferirían otros rasgos que al combinarse con los propios, le otorgaban una dimensión más compleja y hasta multicultural. Hubo manifestaciones de racismo y hasta de intolerancia, aunque cada vez más es más difícil encontrar en México inadaptados de origen extranjero con dificultades o indispuestos a integrarse. Hubo, no obstante, diferencias notables entre los chinos, los estadounidenses o los libaneses para quienes las facilidades para la integración no fueron las mismas.

Edward Said, dejó ver con claridad las diferencias cuando haciendo referencia al caso palestino, afirmaba: “El exilio no implica una total separación del lugar de origen, es más bien una situación en la que el exiliado nunca llega a abandonar lo antiguo ni acepta completamente lo nuevo”. Podría completarse la idea diciendo que el tiempo y las generaciones que siguieron a los primeros emigrantes, dieron lugar a procesos de adaptación y/o integración. Por eso en los últimos tiempos las identidades múltiples se desarrollan en forma más consciente y algunos no aceptan renunciar a su condición sino que buscan unir su doble carácter de ser nativo de un país y aceptar donde viven como la tierra nueva, para muchos, la tierra prometida.

Las migraciones han contribuido a crear sociedades más complejas en las cuales un sector de gente no forma parte de la nación donde vive, otro está completamente integrado y en uno más sólo cuando crece reaparece el interés por las raíces y la preservación de la familia y de las culturas tradicionales. Para muchos migrantes, los movimientos significan trasgresión de los límites de su propia cultura y hacer comfortable vivir entre y para dos mundos.² En tiempos recientes esta idea ha sido asumida en la práctica por varios países al aceptar lo que parece un contrasentido: la doble nacionalidad.

En los comienzos del siglo XXI los movimientos migratorios no han cesado, se continúan manifestando cotidianamente como si el estado natural humano fuese ese continuo desplazamiento. ¿No son acaso de esas circunstancias de donde surgieron algunos pueblos? Moisés ilustra la historia de los judíos; los cruzados la del cristianismo; la conquista española la de los mexicanos. Pareciera que el destino del hombre es el que se impuso a Adán y Eva al hacerles abandonar el lugar de su origen, “su” paraíso.

Ryszard Kapuscinski expone en una reflexión profunda lo que los movimientos migratorios han significado y el sentido de su presente:

Son muy pocos, en nuestras sociedades occidentales, los que viven y mueren en el mismo lugar en que nacieron. Muy pocos los que ejercen la misma profesión de sus padres y los que mantienen el mismo círculo íntimo de amistades que tenían en la niñez. La emigración de domicilios, de profesiones, y de grupos sociales ha dejado de ser una experiencia excepcional en los grupos de inmigrantes y abarca a sectores cada vez más amplios de la población, porque las escenas del adiós se repiten con más frecuencia en la vida de todos nosotros.

² *Palestinians Born in Exile. Diaspora and the Search for Homeland*, Austin, Estados Unidos, University of Texas Press, 2005, p. 1.

[...] La pluralidad es la característica definitoria de la nueva civilización... Los sistemas que no aceptan la pluralidad como forma de vida están condenados a desaparecer.³

Este libro lleva el título *De extranjeros a inmigrantes en México* porque busca hacer un muestrario amplio de lo que ocurrió entre la decisión o imposición para salir de su territorio de forma individual o colectiva, para terminar adscritos a una sociedad diferente a la de su nacimiento. En él se incluyen reflexiones sobre alemanes, italianos, ingleses, españoles, franceses, libaneses, chinos, japoneses, estadounidenses, judíos, argentinos, polacos, venedos, vascos y cubanos en textos de treinta y tres especialistas. Los trabajos reunidos fueron producto de una convocatoria de la sociedad nacional de Estudios Regionales, A.C., con el apoyo del Consejo Estatal de Población de Oaxaca cuando fue dirigido por Víctor Raúl Martínez y de la revista *Eslabones*, con cuya autorización se reproducen. Se pretendió realizar un amplio repaso de los inmigrantes que adoptaron a México como su propia nación. Puede afirmarse que fue uno de los primeros intentos por mostrar un panorama extenso, aunque no necesariamente completo, de los inmigrantes procedentes de los cuatro puntos cardinales, identificados con nuestro país por sus varias aportaciones culturales.

Ahora, gracias al Programa Universitario México Nación Multicultural, que dirige José del Val en la Universidad Nacional Autónoma de México, se publica esta reunión de trabajos en este formato para hacerlo extensivo a un público más amplio, coincidiendo con sus fines de mostrar la diversidad cultural del país.

³ Ryszard Kapuscinski, "La raza cósmica en Estados Unidos", entrevista de Nathan Gardels, México, *Nexos*, enero de 1997.